

—Perdóname, mamá; pero ¿á quién he de contar mis penas sino á tí? Y además, ¿no habías tú de verlas?... Huberto no viene—continuó mirando el reloj cuya péndola continuaba yendo y viniendo tranquilamente.—¿Crees que hubiera debido oponerme á ese viaje á Inglaterra?

—No, hija mía; si va á visitar á su amigo, ¿para qué usar en vano tu autoridad de madre? Si va por algún otro motivo, no había de obedecerte. Considera que ya tiene veintidós años y que es ya un hombre.

—Me vuelvo loca, madre mía; hace mucho tiempo que estaba concertado ese viaje. He visto las cartas de Manuel, en que se trata de él; pero cuando sufro no puedo razonar. ¿No ves, mamá, que mi sufrimiento ocupa todo mi cerebro y todo mi corazón?... ¡Ah! ¡qué desgraciada soy!...

III

Si fuese necesaria una prueba de la multiplicidad funcional de nuestra persona, se encontraría en esa ley, habitual objeto de la indignación de los moralistas, que hace que el espectáculo del sufrimiento de los seres más queridos no pueda impedirnos ser felices en ciertos instantes. Parece que nuestros sentimientos sostienen en el corazón unos contra otros una especie de lucha por la vida. La intensidad de existencia de uno de ellos, aunque sea momentánea, sólo se obtiene al precio de la anulación de los demás. Es lo cierto que Huberto Liauran quería con toda su alma á sus dos madres—como él llamaba siempre á las dos mujeres que le habían educado.—Había adivinado también que desde hacía mucho tiempo se cruzaban entre ellas conversaciones análogas á la de aquella tarde, en que él pedía un préstamo de tres mil pesetas á su padrino para satisfacer sus deudas y sufragar

los gastos de su viaje. Sin embargo, cuando al día siguiente á aquella famosa tarde subió al tren que le conduciría hacia Bolonia, sintió su alma anegada de una suprema felicidad. No se preguntaba si el Conde Scilly hablaría ó no del paso que había dado. Procuraba alejar aquella idea, como alejaba el recuerdo de los ojos de la señora de Liauran en el instante de su partida, y como procuraba ahogar todos los escrúpulos que le sugería su intransigente cariño. Si no había mentido en absoluto á su madre al decirle que iba á Londres á ver á su amigo Manuel Deroy, la había engañado, ocultándole que en Folkestone encontraría á la señora de Sauve. Ahora bien: la señora de Sauve no era libre. La señora de Sauve estaba casada, y para un joven educado como lo había sido el religioso Huberto, amar á una mujer casada constituía un delito inexcusable.

Huberto debía creerse y se creía en pecado mortal. Su fervoroso catolicismo, que no era para él una religión de moda y de circunstancias, no le dejaba duda alguna sobre este punto. Pero religión, familia, deber de confianza para con su madre y temor del porvenir, todos esos fantasmas de la conciencia permanecían para él en estado de fantasmas, de vanas imágenes sin poder, que se desva-

neaban ante la viva evocación de la belleza de la mujer que desde hacía cinco meses había entrado en su corazón para trastornarle por completo, de la mujer á quien amaba y de la que se creía amado.

Al contestar á su padrino que no tenía querida, Huberto no mentía, puesto que no era el amante de la señora de Sauve en el sentido de posesión física y completa que nuestra lengua da á esa palabra. La señora de Sauve no le había pertenecido nunca, y era la primera vez que iba á encontrarse completamente á solas con ella, en esa soledad de un país extraño, sueño secreto de todos los que aman.

Mientras el tren corría á todo vapor por entre los valles rodeados de onduladas colinas, cortados por corrientes de agua y poblados de árboles sin hojas, el joven se entretenía en repasar el rosario de sus recuerdos. El encanto de las pasadas horas se le hacía entonces más grato por la próxima esperanza de una felicidad tan inmensa como desconocida para él. Aunque el hijo de la señora de Liauran tenía veintidós años, el género de educación á que se le había sujetado desde niño le había mantenido en ese estado de pureza tan rara entre los jóvenes de París, que, en su

mayor parte, se han gastado en el placer antes de haber sospechado el amor. Pero de lo que no se daba cuenta el joven era de que precisamente aquella pureza había producido muchísimo más efecto que las truhanerías más picarescas en la imaginación romántica de la mujer cuyo perfil cruzaba constantemente ante sus ojos á compás de los movimientos del vagón, destacándose á cada instante en los bosques, en los ribazos y en las dunas. ¡Cuántas imágenes se lleva lo mismo un tren que pasa y con ellas cuántos destinos precipitados hacia la dicha ó hacia la desgracia en lo lejano y lo desconocido!

Al principio del mes de Octubre del año precedente había sido cuando Huberto había visto á la señora de Sauve por primera vez. A causa del mal estado de salud de la señora de Liauran, para la que el viaje más corto hubiese sido peligroso, las dos mujeres no abandonaban nunca á París; pero el joven solía ir durante el verano ó el otoño á pasar unos días en alguna posesión campestre de algún pariente ó amigo. Volvía de alguna de esas excursiones en compañía de su primo Jorge, y en una de las estaciones de la línea del Norte, que él seguía entonces, había encontrado á la joven con su marido, que subie-

ron al vagón que ellos ocupaban. Los señores de Sauve eran conocidos de Jorge, y éste fué el encargado de presentarlos á Alejandro Huberto.

El señor de Sauve era un hombre próximamente de cuarenta y cinco años, muy alto y fuerte, de rostro rubicundo, en cuyas facciones, á través de su vigor, podía observarse un cansancio que se explicaba con sólo escuchar su conversación, por su manera de entender la vida. Existir, para él, era prodigarse, y realizaba su programa en todos sentidos. Secretario de un Ministro en 1869, arrojado después de la guerra en la campaña de propaganda bonapartista, diputado desde entonces y siempre reelegido, pero diputado activo y que trataba de servir á sus electores, se había lanzado cada vez más en el mundo de la política. Tenía recepciones, daba comidas, se ocupaba de *sport* y aún encontraba tiempo para interesarse con competencia y éxito en empresas financieras. Añadid á eso que, antes de su matrimonio, había frecuentado los bailes, los bastidores de los pequeños teatros y los gabinetes de las horizontales. Hay temperamentos de los que la naturaleza hace máquinas para grandes gastos, y, por consecuencia, para grandes ingresos. Todo en

Andrés de Sauve revelaba el gusto de lo amplio y poderoso, desde la estructura de su grandísimo cuerpo hasta su manera de vestirse y el modo con que fumaba un grandísimo cigarro negro.

Huberto recordaba perfectamente haber experimentado por aquel hombre de manos y orejas velludas y grandes pies, parecido á un oso, la especie de repulsión física que sufrimos todos al encontrarnos con un temperamento fisiológico exactamente contrario al nuestro. ¿No hay respiraciones, circulaciones de la sangre, movimientos de músculos que nos son hostiles, quizás por ese indefinible instinto de la vida que impulsa á dos animales de distinta especie á despedazarse tan pronto como se ven? A decir verdad, la antipatía del delicado Huberto podría también explicarse por una inconsciente y súbita envidia hacia el marido de la señora de Sauve; porque Teresa, como su marido la llamaba, había ejercido desde el primer momento sobre el joven una especie de atracción irresistible. Durante su infancia había ojeado con frecuencia un álbum de grabados traído de Italia por su abuelo, el soldado de Bonaparte, y á la primera mirada dirigida á aquella mujer no pudo menos de recordar las cabezas dibuja-

das por los maestros de la escuela lombarda; tanta era la notable semejanza entre aquel rostro y el de las Herodiadas y las madonas familiares á Luine y á sus discípulos. Era la misma frente, los mismos grandes ojos cargados de espesas pestañas y el mismo delicioso óvalo, terminado por una barbilla casi cuadrada, la misma sinuosidad de los labios, la misma suave unión de las cejas sobre el nacimiento de la nariz, y derramada en todas aquellas encantadoras facciones una suavísima y tierna expresión de lentitud, de gracia y de misterio. La señora de Sauve tenía también, como las mujeres de esa escuela lombarda, el cuello vigoroso, los hombros anchos, todos los caracteres de una raza á la vez delicada y fuerte, con su esbelta cintura y sus manos y pies de niña.

Lo que la distinguía de ese tipo tradicional lombardo era el color de sus cabellos, que no eran rubios y dorados, sino muy negros, y el de sus pupilas, cuyo gris oscuro se asemejaba al verde. La palidez de ámbar de su rostro y la lánguida lentitud de todos sus movimientos acababan de dar á su belleza un carácter singular. Era imposible, al contemplar á aquella criatura, no pensar en algún retrato de los tiempos pasados, á pesar de que respiraba la

juventud con la púrpura de su boca y el vivo fluido de sus ojos, y de que su traje era del más exquisito gusto dentro de las más pretenciosas exigencias de la última moda. La falda de su vestido, de una tela inglesa de color gris; sus pies, calzados con graciosísimas botinas de lazos; su cuellecito de hombre; su corbata, adornada por un alfiler representando una herradura de oro guarnecida de brillantes, y sus guantes de Suecia, no recordaban en modo alguno la *toilette* de las Princesas del siglo XVI, y sin embargo, ofrecía una belleza milanesa, aun bajo aquel traje de parisién elegante. ¿Cómo explicar este misterio siendo como era hija de la señora Lussac, de la familia de Brenuire, cuyos parientes no habían abandonado la calle Saint Honoré desde hacía tres generaciones, y de Adolfo Lussac, el prefecto del Imperio, procedente de Auvergnia, y que había ido á Paris en pos de Mr. Rouher?

La crónica de los salones podría responder á esa pregunta recordando el paso por Paris por el año de 1855 del hermoso Conde de Branciforte, sus ojos de color gris verde, su palidez mate, sus atenciones con la señora de Lussac y su súbita desaparición de aquella casa, á la que durante meses y meses había

asistido constantemente. Pero estas noticias no debían llegar nunca á oídos de Huberto. Por su educación y por su naturaleza pertenecía éste á la raza de los que aceptan los datos oficiales de la vida é ignoran las causas profundas, el doble fondo de la existencia, la trágica doblez; raza dichosa, porque á ella pertenece el goce del aroma de todos los placeres, pero raza consagrada por adelantado á las catástrofes, pues sólo el conocimiento de la realidad permite manejar un poco lo real.

No; lo que Huberto Liauran recordaba de aquella primera entrevista no era lo raro del encanto de la señora de Sauve, no; era el encanto en sí mismo. No se había preguntado tampoco nada acerca del carácter que podían indicar los movimientos de aquella mujer. En vez de estudiar aquel rostro, había gozado con él, como el niño goza de la frescura de la atmósfera con una especie de delicia inconsciente.

La completa ausencia de ironía que distinguía á Teresa y se transparentaba en su dulce sonrisa, en su tranquila mirada, en la igualdad de su voz y en la tranquilidad de sus movimientos, le habían producido desde luego una impresión de dulzura. Ante ella no sintió

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. "ITARRÍA"

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEX.

el joven esas angustias producidas por dolorosa timidez que la áspera y penetrante mirada de la mayor parte de las parisienses produce á los jóvenes.

Durante el trayecto que habían recorrido juntos, sentado frente á ella, y mientras que de Sauve y Jorge Liauran discutían acerca de una ley sobre las congregaciones religiosas, cuyo espíritu preocupaba entonces á todos los partidos, pudo hablar con Teresa detenidamente, y en una dulce intimidad, de cuya causa no podía darse cuenta. Él, que rehusaba de ordinario hablar de sí mismo, porque estaba en la idea de que la excesiva amabilidad de su carácter hacia de él un sér excepcional, se había espontaneado con aquella mujer de veinticinco años, y á la que sólo hacía media hora que trataba, cosa que no había hecho nunca ni aun con personas en cuya casa comía de quince en quince días. A propósito de una pregunta de Teresa sobre sus viajes de verano, habló naturalmente de su madre, de su enfermedad, de su abuela y de su vida en común. Había entreabierto para aquella extraña el secreto asilo del hotel de la calle de Vaneau, aunque no sin remordimientos; pero el remordimiento vino más tarde, cuando ya había salido del círculo de

sus miradas, y no fué un sentimiento de pudor profanado, sino de temor de no haber parecido agradable en su conversación y en sus costumbres. ¡Cómo le cautivaban aquellas dulces miradas! De ellas emanaba una indefinible caricia; cuando se detenían en sus ojos, bien de frente, sentía una tierna atracción y casi un verdadero deleite físico. Cuando ya habían transcurrido muchos días, Huberto se acordaba aún de la especie de embriagador bienestar que experimentó en aquella primera entrevista, sólo con sentirse mirado de aquel modo; aquel bienestar había ido aumentando en las siguientes entrevistas, hasta llegar á convertirse rápidamente en una verdadera necesidad para él, en una necesidad como el respirar y el dormir.

Al bajar del vagón le dijo ella que recibía todos los jueves, y el joven no tardó en aprender el camino de la casa del boulevard Haussmann, en donde ella vivía. ¿En qué rincón de su corazón había encontrado energía para hacer aquella visita al día siguiente de su primera entrevista? A los pocos días fué invitado á comer. Recordaba vivamente el infantil placer que tuvo en leer y releer la cartita de invitación, en respirar su ligero perfume y en seguir el detalle de las letras

de su nombre, escritas por la mano de Teresa. Era una letra á la que la abundancia de pequeños rasgos inútiles daba un aspecto particular, ligero y raro, que un grafólogo hubiera podido considerar como signo seguro de una naturaleza romántica. Pero al mismo tiempo la manera de estar trazadas las líneas y la firmeza de los gruesos perfiles, en los que la pluma se apoyaba demasiado, indicaban un modo de vivir con gusto práctico y casi materialista.

Huberto no razonaba tanto; pero desde aquella primera cartita, cada letra del escrito era para él una persona á la que hubiese reconocido entre mil. ¡Qué gran felicidad sintió al vestirse para ir á aquella comida, pensando en que iba á contemplar á la señora de Sauve durante muchas horas, horas que, contadas por adelantado, le parecían infinitas! Cuando se despidió de su madre, se disgustó ligeramente porque ésta emitió una observación crítica sobre las costumbres de familiaridad de la sociedad moderna; luego, separado de aquellos acontecimientos por meses, encontraba, gracias á la especial imaginación de que estaba dotado, como todas las criaturas muy sensibles, la variedad de emociones que le habían causado aquella comida,

la *soirée*, la actitud de los convidados y la de Teresa. El mayor ó menor poderío que tenemos de representarnos de nuevo las penas y los placeres pasados es lo que hace de nosotros seres capaces del frío cálculo ó esclavos de nuestra vida sentimental. ¡Todas las facultades de Huberto conspiraban para remachar en su corazón la cadena martirizadora de los más queridos recuerdos!

Aquella primera tarde lucía Teresa un vestido de encaje negro con adornos rosa, sin más alhajas que un grueso brazaletes de oro macizo en una de sus muñecas. Estaba un poco escotada; pero tan poco que no llamó la atención del joven, cuyo pudor sobre ese punto era de una susceptibilidad virginal. Cuando entró Huberto en el salón se encontraban en él varias personas, de las que no conocía más que á Jorge Liauran. Eran en su mayor parte hombres, célebres por diversos títulos en la sociedad más particularmente llamada parisiense por los periódicos que creen estar á la altura de la moda. La primera sensación de Huberto fué un ligero escalofrío, producido por el solo hecho de que algunos de aquellos hombres ofrecían al observador varias de esas pequeñas herejías de *toilette*, familiares hasta para los más meticu-

losos, si han entrado demasiado tarde en la buena sociedad. El uno llevaba un traje de corte antiguo, otro un cuello de camisa mal hecho y peor planchado, otro una corbata de un blanco que tiraba á azul y anudada por una mano torpe. Estas pequeñas miserias hacían aparecer á aquellos hombres como una especie de bohemios—palabra bajo la cual las gentes correctas confunden todas las irregularidades sociales—á la vista de un joven acostumbrado á vivir bajo la vigilancia continua de dos mujeres de rara educación, que habían querido hacer de él una criatura irreprochable.

Pero aquellos pequeños signos de una elegancia insuficiente hicieron más graciosa aún á sus ojos la distinción perfecta de Teresa, así como la libertad, á veces cínica, de las conversaciones suscitadas en la mesa le sirvió para dar una significación encantadora al silencio de la dueña de la casa. La señora de Liauran no se equivocaba al afirmar que en casa de los de Sauve se hablaba muy libremente. La tarde que Huberto comió en aquella casa por primera vez, sirvió de tema para entretener la primera media hora una causa de adulterio, y un célebre abogado dió algunos detalles inéditos del proceso; luego se ha-

bló de las abominables costumbres de un hombre político detenido en los Campos Elíseos, y después de las dos queridas de otro político y de su rivalidad; pero todo contado como sólo se cuenta en París, con esas palabras de doble sentido, que permiten decirlo todo. Muchas alusiones se le escapaban á Huberto; así se explica que aquellos relatos le chocasen menos que otras discusiones referentes á las ideas, tales como esta paradoja lanzada por uno de los más famosos novelistas de aquel tiempo:

—¡Ah, el divorcio! ¡el divorcio!—decía aquel sabio, cuyo renombre de atrevido realista había franqueado hasta el hotel de la calle de Vaneau,—bueno sería; pero es una solución demasiado sencilla para un problema tan complicado... En esto, como en otras cosas, el catolicismo ha modificado todas nuestras ideas. El fin de las sociedades avanzadas es producir muchos hombres de especies diferentes, y el problema consiste en fabricar un gran número de morales, un número tan grande de morales como de especies... Yo desearía que la ley reconociese matrimonios de cinco, de diez, de veinte categorías, según el grado de delicadeza de los contratantes... De esta manera tendríamos uniones

perpetuas, destinadas á las personas de una escrupulosidad aristocrática... Para las personas de una conciencia menos refinada estableceríamos fáciles contratos para uno, dos y tres divorcios; para personas más inferiores tendríamos uniones temporales de cinco, de tres y de un año.

—Debía uno casarse lo mismo que se hace un arrendamiento—dijo un extravagante.

—¿Por qué no?—contestó otro.—El siglo se alaba de ser revolucionario, y nunca se ha atrevido á lo que el más insignificante legislador de la antigüedad emprendía sin vacilar: á corregir las costumbres.

—Os veo venir—replicó Andrés de Saue;—querriais asemejar los matrimonios á los entierros: primera, segunda y tercera clase...

Ninguno de aquellos convidados, á quienes aquella frase y la respuesta divertían, entre el brillo de la cristalería, los trajes de las mujeres, las pirámides de las frutas y los ramos de flores, podía figurarse la indignación que semejante lenguaje causaba á Huberto. ¿Quién había de preocuparse de la opinión de aquel joven silencioso y modesto que se hallaba sentado en uno de los extremos de la mesa? Sentíase él, sin embargo, herido hasta el alma en las convicciones in-

timas de su infancia y de su juventud, y dirigía á hurtadillas la vista hacia Teresa... Ésta no pronunció cincuenta palabras durante toda la comida. Parecía estar muy lejos de aquella conversación, que ella debía ser la encargada de corregir; y como si todos estuviesen acostumbrados á aquellos ensimismamientos, nadie trató de llamarla á la realidad. Sabían que pasaba horas enteras absorta en contemplaciones ideales. La palidez de su rostro se hacía entonces más intensa: el brillo de sus ojos desaparecía, y se veían sus dientes apretados á través de sus labios entreabiertos.

¿En qué pensaba en aquellos momentos, y por qué secreta magia ejercía durante ellos más poderoso dominio en la imaginación de los que eran esclavos de sus encantos? Un fisiólogo hubiera atribuido, sin duda, aquellas súbitas abstracciones á influencias nerviosas. ¿No se manifestaba en ellas la señal de un extravío de la sensualidad, contra el cual luchaba aquella mujer con todas sus fuerzas? Huberto Liauran no había visto en el silencio de aquella tarde más que la desaprobación, por una mujer delicada, de las discusiones de los amigos de su marido; esta idea le produjo una expresión de suprema dulzura, que le

impulsó hacia ella y excitó su deseo de hablarla, al salir de aquella comida, en que sus creencias más queridas habían sido atacadas. Se sentó cerca de ella, bajo la mirada de sus limpidos ojos, en uno de los extremos del salón, que era una habitación amueblada enteramente á la moderna, cuya opulencia de pequeño museo, sus peluches, sus telas antiguas y sus objetos japoneses contrastaban tan absolutamente con las severas habitaciones de la calle de Vaneau, como la existencia de la señora de Castel y de la señora de Liauran contrastaba con la de la señora de Sauve.

En vez de reconocer aquella evidente diferencia y de partir de allí para estudiar el género de vida y las costumbres de la nueva sociedad en que se encontraba, Huberto se entregó á un sentimiento demasiado natural en aquéllos cuya infancia se ha desarrollado en una atmósfera de femenina complacencia. Acostumbrado por las dos nobles criaturas que habían vigilado su niñez á asociar siempre la idea de la mujer á algo indeciblemente delicado y puro, era infalible que el despertar del amor había de producir en él una especie de religiosa y estática emoción. Debía dedicar á la persona á quien llegase á amar, cualquiera que fuese, toda su devoción, todo el

afecto que había concebido por las santas á quienes debía la vida y la educación. Presa de esa extraña confusión de ideas, desde aquella primera tarde había hablado á su madre y á su abuela de Teresa, en términos que debieron despertar necesariamente la desconfianza de las dos mujeres.

Así lo comprendió después. ¿Pero qué joven empieza á amar sin precipitarse, por la dulce embriaguez del principio de una pasión, á confidencias irreparables y frecuentemente martirizadoras para el mismo porvenir de su sentimiento?

¿De qué manera y en qué forma había penetrado en él aquel sentimiento? Él mismo no hubiera sabido explicarlo. Cuando se llega á amar una vez, ¿no parece que ya se ha amado siempre? El joven evocaba, sin embargo, algunas escenas, y recordaba la invencible costumbre que ya había contraído de ver á Teresa varias veces por semana. ¿Pero no había sido presentado poco á poco en casa de ésta á todas sus amigas, y bien pronto, en cuanto había cambiado con éstas sus tarjetas, se había visto invitado por todas partes á aquella sociedad, á la que apenas conocía, y que se componía, por un lado, de altos funcionarios del régimen caído, por otro de grandes

industriales, de financieros políticos, y, en fin, por otro de artistas célebres y ricos extranjeros? Esta mezcla constituía una libre sociedad de lujo, de placer y de movimiento, cuyo conjunto debía disgustar mucho al joven, que no podía comprender sus cualidades de elegancia y de finura, y notaba, en cambio, sus terribles defectos: la charlatanería, la falta de moralidad y la ligereza de sus costumbres. ¡Ah! muchas veces se presentaron á su imaginación estas observaciones al preocuparse en averiguar dónde podría ver á la señora de Sauve. Innumerables horas se la representaba en el sitio en que la había encontrado, tan pronto en su casa, sentada al lado de la chimenea hacia la caída de la tarde y abismada en sus taciturnos pensamientos, como en visita, ataviada con traje de paseo y sonriendo, con su boca de Herodiada, hablando de vestidos ó de sombreros — como en la delantera de un palco en el teatro, hablando en voz baja durante los entreactos, — en medio del tumulto de la calle, en su coche arrastrado por un solo caballo y asomando la cabeza por la portezuela con gracioso gesto.

El recuerdo de aquel carruaje determinaba en Huberto una nueva asociación de ideas y traía de nuevo á su imaginación el momento

en que por primera vez había confesado á Teresa el secreto de sus sentimientos.

La señora de Sauve y él se habían encontrado aquella tarde en un paseo de la avenida del Bosque de Bolonia, y como la lluvia empezaba á hacerse insoportable, la joven propuso á Huberto, que iba á pie, que aceptase un asiento en su coche, pues, según dijo, tenía que hacer una visita cerca de la calle de Vaneau, y de paso le dejaría en su casa. El joven había aceptado, tomando asiento cerca de ella en el estrecho carruaje forrado de sagrén verde y en el que se respiraba esa atmósfera sutil que hace del coche de una mujer elegante una especie de cuartito con ruedas, provisto de todos los pequeños objetos propios de un tocador elegante. Bajo los pies se sentía la grata impresión del calorífero; de frente, el espejo, colocado en su gracioso marco, esperaba una mirada; un cuadernito con un lápiz y tarjetas de visita denunciaba mundanas excursiones; un reloj marcaba la rapidez de la huida de aquellos dulces minutos; un libro entreabierto y colocado en el sitio en que se ponen de ordinario las compras revelaba que Teresa había tomado en casa de un librero la novela de moda.

En las calles empezaban á encenderse las

lucos, y la lluvia era cada vez más torrencial. Teresa, envuelta en un largo abrigo que dibujaba su cintura, guardaba silencio. Al triple resplandor de los faroles del coche, del gas de las calles y del crepúsculo vespertino, estaba tan pálida y hermosa, que Huberto, lleno de emoción, la cogió la mano. Ella no la retiró; le miraba con ojos inmóviles, y como anegados de lágrimas, que no intentaba enjugar.

El joven la dijo, sin oír el sonido de sus propias palabras, trastornado por aquellas miradas: «¡Ah, cómo os amo!...» Teresa palideció aún más, y puso su enguantada mano en la boca de Huberto, como queriendo obligarle á callar. Él besó locamente aquella mano, buscando el sitio en que la abertura del guante permitía sentir el calor de la muñeca. La señora de Sauve contestó á aquella caricia con esa palabra que todas las mujeres pronuncian en momentos semejantes — palabra bien sencilla, pero en la cual se deslizan tantas inflexiones, desde la más mortal indiferencia hasta la ternura más conmovedora: — «Sois un niño...» El joven preguntó: «¿Me amáis un poco?...» Y á la vez que ella le miraba con aquellos ojos, por los que se escapaba un rayo de felicidad, pudo oír que con voz ahogada murmuraba: «Mucho.»

Para la mayoría de los jóvenes de París semejante escena hubiese sido el preludio de un esfuerzo hácia la completa posesión de una mujer tan evidentemente apasionada, esfuerzo que hubiera fracasado, porque una mujer de mundo que quiere defenderse encuentra muchos medios de no entregarse, ni aun después de confesiones de ese género ó de pruebas de amor más comprometedoras aún, por poco coqueta que sea. Pero la coquetería no era el arma de la señora de Sauve, así como la audacia tampoco era el arma del joven de veintidós años de quien era amada.

¿No se habían colocado, por casualidad, aquellos dos seres en una situación de la más extraña delicadeza? Él era incapaz de pretender más, á causa de su extremada pureza. En cuanto á ella, ¿cómo no había de comprender que ofrecerse á él era exponerse á perder para siempre su amor? Tales dificultades son menos raras de lo que la fatuidad de los hombres confiesa, dadas las condiciones impuestas á los sentimientos por las costumbres modernas. Entre dos personas que se aman, en el estado actual de las costumbres, toda acción se convierte al mismo tiempo en una prueba: ¿y cómo una mujer que sabe eso no ha de vacilar en comprometer para siempre

su felicidad, exponiéndose á extinguirla tan deprisa?

¿Obedecía Teresa á esta razón de prudencia, ó encontraba en el respeto de su amigo un placer de corazón de deliciosa novedad? En todos los hombres á quienes había tratado antes, el amor no era más que una forma disfrazada del deseo, y el deseo mismo una forma encubierta del amor propio. Lo cierto fué que, durante los meses que siguieron á su primera confesión, ella concedió al joven cuantas citas la pidió éste, y que todas aquellas citas fueron tan inocentes como clandestinas.

Mientras que el tren de Bolonia conducía á Huberto á la más deseada de sus citas, se acordaba de las pasadas, de aquellos apasionados y peligrosos paseos dados por las mañanas en París.

Habían aventurado su culpable idilio en todos los sitios en que parecía inverosímil que una persona de su clase pudiera encontrarlos. ¡Cuántas veces habían visitado las torres de Notre-Dame, donde Teresa gustaba de pasear su joven gracia por entre los viejos monstruos esculpidos en las balaustradas! A través de las estrechas ventanas ojivales de la subida, veían á la vez el horizonte del río, encajonado entre las calles, y las calles encajonadas

entre las casas. En una de las construcciones edificadas á la sombra de la catedral, por la parte de la calle Chanoinesse, había una pequeña habitación del quinto piso, prolongada por una terraza, detrás de los cristales de la cual les parecía reproducirse una situación parecida á la suya, porque, á través de ellos, habían visto dos veces á una mujer y un hombre, jóvenes los dos, que almorzaban sentados ante una mesa redonda y con la ventana entreabierta.

Algunas veces las frías ráfagas del viento de Diciembre bramaban en torno de la basílica, y tormentas de granizo azotaban sus muros. Teresa no era por eso menos exacta á sus citas; se apeaba de su carruaje delante de la puerta principal, y atravesando la iglesia, iba á salir por el otro lado, y encontraba á Huberto en el sombrío peristilo que precede á las torres. Sus finos dientes brillaban cuando sonreía, y su esbelto talle parecía más elegante aún en medio de los tonos severos de la antigua ciudad. Su gracia parecía tener influencia hasta sobre la vieja portera que despachaba las papeletas de entrada desde el fondo de su habitación y rodeada de sus gatos, porque la sonreía agradecida.

En la escalera de aquellas antiguas torres

erá donde Huberto se había atrevido á depositar por primera vez un beso en aquel pálido rostro divinizado por su amor. Teresa subía delante de él aquella mañana los peldaños que se escalonan en derredor del pilar de piedra. Se detuvo un minuto para respirar; el joven la sostuvo en sus brazos, y como ella se reclinara dulcemente, apoyando la cabeza sobre el hombro de Huberto, sus labios se encontraron. La emoción fué tan fuerte, que él creyó morir. Aquel primer beso fué seguido de otro, y luego de muchos más, tan repetidos, que ellos mismos no hubieran podido precisar su número. ¡Oh! ¡qué largos, qué angustiosos, qué profundos besos! Ella decía, como para justificarse en el pensamiento de su dulce cómplice: «¡Me gustan los besos como á una niñita!...»

De aquellos adorables besos habían poblado locamente todos los asilos en que su imprudente amor se había abrigado. Huberto se acordaba también de cuando había abrazado á Teresa, sentados ambos sobre la piedra de un sepulcro en un paseo desierto de uno de los cementerios de París, en tanto que el jardín de los muertos extendía en derredor suyo, en una mañana tranquila y templada, su fúnebre paisaje de árboles siempre verdes,

y de sepulcros. La había abrazado también en un banco del lejano parque Montrouisis, uno de los más desconocidos de la ciudad, por haber sido plantado recientemente y al que atravesaba un camino de hierro, que se domina desde un pabellón de arquitectura chinesca, alrededor del cual se extiende el horizonte de las fábricas del lamentable barrio de la Glacière. Otras veces se habían paseado en coche mucho tiempo á lo largo del silencioso talud de las fortificaciones, y cuando se acercaba la hora de volver, era siempre Teresa la que se marchaba primero. Él la contemplaba oculto en el carruaje parado y la veía saltar con paso esbelto los arroyuelos y marchar ligera, sin que una mancha de lodo ensuciase su vestido, ni aun cuando se volvía, como involuntariamente, para envolverle en una última mirada. En aquellas ocasiones era cuando el joven veía palpablemente los peligros que hacía correr á aquella mujer; pero cuando la hablaba de sus temores, contestaba ella moviendo la cabeza con expresión fácilmente trágica: «No tengo hijos... ¿Qué mal pueden hacerme si no me separan de ti?»

Aunque continuaban sin ser el uno del otro en el sentido material de la frase, habían llegado á esas familiaridades del lenguaje de que